

flores que el *cavalier servente*, envía por la mañana para saludar al despertar á la dama de sus pensamientos. Ellas saben qué corona conviene arrojar en la escena á la prima donna al acabar de cantar su aria. Ellas, en fin, ocultan diestramente en un ramo, el terrible y encantador *aspid*, llamado billete amoroso.

Confidente obligada de toda intriga de amores, la *Fioraia*, entra así en la existencia de todo aquel que vive sin

inocentes y que muchas veces el *buon Governo* ha tenido que intervenir para impedir á estos aficionados á flores demasiado temibles el que trasformasen en princesas y ladis á simples ramilleteras.

En Toscana, con perdon de los que echan de menos los tiempos felices en que los reyes se casaban con pastoras, la policía se ha mostrado siempre muy rígida en el punto de la desigualdad de matrimonios.



Las floreras de Florencia.

cuidarse demasiado de la caída de los imperios, y de los reumatismos que se atrapan corriendo por las calles con el fresco de la noche.

¡Cuánto reconocimiento, y sobre todo, cuántos articulos de impresiones de viaje no les debe el viajero, por pocos dias que esté en Florencia!.....

Citanse príncipes rusos, lóres ingleses, que bien ó mal año gastan millares de duros en camelias *mas ó menos*

SEGUNDA SERIE.—1855.

Aunque detenidas en su impulso, esas altas aspiraciones conyugales demuestran bastante que la ramilletera florentina no se parece en nada á esas muchachuelas mal vestidas que en el Prado de Madrid y en los Boulevares de París, ofrecen flores á los paseantes. No, seguramente la *Fioraia* es una hermosa muchacha, muy elegantemente vestida, peinada á la pastora de Florian, con un gran sombrero de paja con anchas alas, empavesado de lazos y

AÑO XIII. 23.

graciosas cintas: ¿Necesitaremos detallar todos sus encantos? Su retrato lo tienen nuestras lectoras en esas pispiretas pastorcillas que tienen pintadas en sus abanicos. Las flores que venden son dignas de ellas, de brillantes colores, de embriagador perfume, húmedas aun con el aterciopelado vapor, que parece el aliento, con que la naturaleza las ha rodeado al besarlas.....

La *Fioreaia* se halla en todas partes. La encontráis en las calles descuidada y graciosa arreglando sus ramilletes, sentada en la escalinata de los viejos palacios donde los Guelphos y Gibelinos se daban en otro tiempo tan furiosos asaltos: en las Cascinas, paseo de Florencia, en donde va de coche en coche sembrando sus flores y sus sonrisas. La encontráis en los teatros, en la iglesia, si, de veras en la iglesia, y no es esto muy natural en una ciudad cuya catedral lleva el nombre de Santa María de las Flores!

La *Fioreaie* conoce, adivina casi vuestro gusto, y desde el momento en que habeis elegido un ramillete en su cesta, la vereis siempre salir á vuestro encuentro con la flor de vuestra predileccion en la punta de los dedos. Despues sin aguardar, sin pedir nada, os deja haciendo una hermosa cortesía, iluminada de tres ó cuatro ojeadas, que son allí el famoso dardo del Partho.

En semejante riesgo no está de mas la triple coraza de acero con que el virtuoso José se hallaba armado en su batalla con la señora Putifar, sin lo que, gracias á la ardiente temperatura del cielo florentino, la herida pudiera ser muy grave. La inmensidad del peligro puede apreciarse por ciertas influencias climatéricas. Para los italianos es casi nulo. Los extranjeros en general no arriesgan mas que los pequeños tormentos de impaciencia que resultan de un capricho; pero los ingleses y los rusos se hallan particularmente dispuestos á padecer con el fuego de aquellas ojeadas, un terrible trasporte al cerebro.

En este caso el enfermo se ataca siempre de accesos matrimoniales, que concluirían por consumarse si, como llevamos dicho, el *buon Governo* no se constituyese en su médico de oficio.

La cura es de las mas sencillas. Se coge la *Fioreaia*, se la pone en un carruaje escoltada de un par de alguaciles, y se la lleva á Viena, á Pisa, á San Geminiano, donde se la tiene bajo de llave, hasta que promete renunciar al prin-

cipe ó lord, á sus obras, pompas y vanidades. Una vez la paloma en la jaula, el *buon Governo* supone que el enfermo ha entrado en estado de convalecencia, y como nada conviene tanto á los convalescientes como el viajar, le espide su pasaporte con algunos alguaciles para que le ayuden á hacer pronto su equipage.

Convengamos en que este modo de curar las afecciones amorosas hace honor á la sagacidad del *buon Governo*, y que merece bien este nombre entre los gobiernos pasados, presentes y futuros.

Aunque muy amante de la libertad, la *Fioreaia* no tiene mas que un sueño, escitar algun incendio amoroso, que le valga los honores del *Carcere de Amore*. Esta prision es para ella el pedestal de su fama, el triunfo del Capitolio decretado á sus victoriosas megillas. ¿Qué mas diremos? es un terno á la lotería de las probabilidades de hacer fortuna.

¡Así cuántos celos no escita entre sus compañeras la bella Marietta, la perla de las *Fioreaie* de Florencia! Por tres veces el *buon Governo* ha tenido que armarse de los rigores del destierro y de la prision contra los encantos de esta Circe. La primera para salvar á un joven guardia noble, despues para curar á un futuro miembro del alto parlamento inglés, y en fin, para conservar á su magestad imperial y real un capitán de húsares húngaro, á quien los hermosos ojos de la linda ramillera habian ocasionado un famoso acceso de fiebre matrimonial.

Marietta se alaba, aunque en voz baja, de haber causado tantos sustos á los ministros de Toscana, como el *Estatuto* y el revolucionario Guerrazzi.

—¿Con que han jurado que no sereis condesa? le dijimos un dia que acababa de hacernos esta sediciosa confianza.

—¿*Chi lo sa?* contestó dejando caer una ardiente y deliciosa mirada. Lo que prueba que la ambiciosa no ha pronunciado su voto de renunciar sino con algunas mentales restricciones preñadas de peligros para los lores y oficiales de húsares húngaros.

Entretanto, aguardando y para ser sin duda condesa la bella Marietta, continúa distribuyendo sus flores y sus ojeadas de fuego en la plaza de la Santa Trinidad, cuartel general de la *Fioreaie* de Florencia.

ESTUDIOS DE VIAGES.

VENECIA Y AMSTERDAM.

Venecia y Amsterdam son dos ciudades igualmente célebres por su importancia, por su riqueza, por sus recuerdos históricos; situadas las dos en el fondo de un golfo, la una del Mediterráneo, la otra del mar del Norte, edificadas las dos sobre un suelo movedizo conquistado sobre las aguas del mar, capitales por largo tiempo de dos repúblicas florecientes y temidas, famosas por sus hechos de armas, enriquecidas por

el comercio, ilustradas por el gusto y la cultura de las artes... Basta esto sin duda para justificar la relacion que se presenta desde luego á la imaginacion de los que han visitado á Venecia y Amsterdam. Sitienen estas dos ciudades puntos de singular conformidad, tambien se distinguen por numerosas diferencias. El clima, el aspecto general de aquellas comarcas, las costumbres, los hábitos, lo pasado y el porvenir de los dos paises establecen entre ellos oposiciones tan marcadas que apenas de regreso de un reciente viaje, y lleno de las impresiones que me han causado estas analogías y estos contrastes, voy á dibujarlo á grandes rasgos.

Yo no dudo que así como yo, haya mas de un viajero que despues de haber visitado á Venecia, piense en trasladarse inmediatamente á Amsterdam, á fin de establecer esta comparacion. Un intervalo de cuatrocientas á quinientas leguas ha debido refrenar frecuentemente este deseo, cuando se necesitaba para verificar este viage lo menos veinte mortales días. Hoy bastan algunos dias para pasar casi sin fatiga al través de los mas variados accidentes topográficos desde las orillas del Adriático á las del mar del Norte, y el observador ni aun tiene para renunciar á este curioso viage, el pretexto de los gastos porque son hoy tan reducidos que están al alcance del viajero menos acomodado.

Venecia no es hoy como en otro tiempo tan difícil de comprender en un itinerario de Italia. Su posicion casi ha cesado de ser escéntrica. Ya no es aquella isla estraña sin verdor, sin paseos, aquella ciudad silenciosa, aquel fuerte, aquella muralla formidable que dominaba á lo lejos el mar y las playas de su alrededor. Se entra hoy y se sale de ella sin el auxilio del remo con solo la locomotora rápida y un prosáico wagon. El campo ya no está mas distante de sus orillas que lo está de las puertas de cualquiera ciudad. Pádua, Vicencio, Verona, se han convertido en sus arrabales, y el viajero en lugar del triste adios con que se despedia de ellas al partir para las cúpulas de San Márcos, las abandona hoy con aquella sonrisa que anuncia el pensamiento y la esperanza de un próximo regreso.

El elegante viaducto que atraviesa la laguna, no es en efecto mas que la cabeza de un camino de hierro que va bien pronto á prolongarse hasta Milan. Un servicio de buques de vapor por el Lago Mayor ó por el de Como, une la capital de la Lombardia con los Alpes Helvéticos, desde donde por el San Gotardo se puede llegar en un dia sobre el lago de los Cuatro-Cantones. En este punto el vapor de Vealtarf á Lucerna está en correspondencia con las diligencias de Lucerna á Basilea y aquella con el camino de hierro de Basilea á Strasburgo. Dkchl el camino de hierro de la orilla izquierda puede ganar un dia sobre los barcos de vapor del Rhin que desde Mayenza ó Colonia llegan rápidamente á Arnheim, centinela avanzada de la Holanda, que solamente veinte leguas de camino de hierro separan aun de Amsterdam. No solamente aprovecha al estudio geográfico esta perfeccion prodigiosa de los medios de trasporte, sino tambien á las observaciones científicas hoy tan fáciles y casi vulgares, y en otro tiempo imposibles de practicar. El mas simple cronómetro permite al viajero calcular por sí mismo con una exactitud matemática las distancias que recorre en camino de hierro.

El origen de Amsterdam tiene mas de un punto de contacto con el de Venecia. Unos pescadores vienen á establecerse sobre orillas inhabitadas separadas del continente por lagunas, sobre islas formadas por las tierras arrastradas por un rio cerca de su desembocadura en el mar. Mas tarde sirven de refugio á familias que, huyendo de la guerra y de la opresion, echan en ellas los cimientos de una modesta ciudad. La actividad, el valor de sus habitantes, la seguridad que les da su situacion topográfica, la convierten bien pronto en una ciudad importante que se enriquece por la navegacion, por el comercio, se hace respetar por sus armas, y llegando á ser opulenta fuerte y pacifica, se rodea del prestigio del lujo y de las artes. Todas estas fases son comunes á la historia de Amsterdam y á la de Venecia. Para

aquella toman nacimiento hacia el quinto siglo de la era cristiana, y atravesando toda la edad media se detienen en los primeros albores del renacimiento. Para la otra comienzan hacia el siglo doce, se desarrollan y se prolongan hasta nuestros dias. Amsterdam no era aun mas que una aldea cuando Venecia rayaba en la cumbre de su poder y de su gloria, y la ciudad holandesa tocaba en el apogeo de su riqueza y de su fuerza, en el instante mismo en que comenzaba á palidecer el astro de Venecia: de suerte que, si se pudiese seguir en los fastos de aquella la transicion de los tiempos antiguos á las modernas edades, la historia de Amsterdam presenta la serie de tradiciones de la edad media, llegada casi sin interrupcion hasta nuestros tiempos.

Venecia mirada desde las orillas de Tesino ó de San Julian de las Lagunas, ofrece un aspecto que á ningun otro se puede comparar. Una masa de habitaciones y de monumentos se levantan aislados del centro del mar á la distancia de una legua, y representa bastante bien una ciudad sumergida, cuya cumbre sola hubiese escapado de la inundacion. No se ve el suelo sobre que descansan sus edificios, ningun verdor los abriga ni acompaña. Mástiles de buques se mezclan en lontananza á las veletas de las torres, á las cúpulas, á las columnas que se alzan de todas partes. A pesar de lo enojoso que tiene para la vista el largo camino de hierro sobre un puente de trescientos arcos, y que une á Venecia con el continente, es preciso detenerse algun tiempo sobre la orilla á contemplar este singular espectáculo. A medida que se aproxima uno, comienza á distinguir mejor los edificios. Se penetra al fin en la ciudad por la parte mas interesante, y á través de los canales que se cruzan en todos sentidos concluyendo por tomar tierra sin poder darse cuenta de la estraña playa á que acaba de abordar.

Desde lo alto de la torre de San Márcos, no es menos estraordinaria la vista. Mas allá de la ciudad de donde se alzan cúpulas elegantes, veletas, palacios notables por el singular carácter de su arquitectura, se estiende la vista sobre las aguas que por todas partes rodean la ciudad, no como un mar imponente, sino como un inmenso lago. Muchas islas pequeñas bastante inmediatas parecen servir como de compañía á la metrópoli. El Lido que la separa de la rada por la parte del Norte, presenta á poca distancia su risueña línea de verdura. Mas lejos las costas orientales de Italia, la prolongada curva del golfo Adriático que coronan los Alpes del Tirol, una multitud de navios, de graciosas góndolas que surcan la superficie de las lagunas, todo forma un conjunto encantador que animado por un sol radiante, ofrece uno de los mas admirables espectáculos que es dado contemplar al hombre.

Amsterdam, cuando á él se llega desde las orillas meridionales del golfo, no presenta sino el aspecto ordinario de un puerto marítimo, pero de un vasto puerto, de una ciudad imponente. El número de navios que cubren sus muelles, el movimiento y la actividad que reinan sobre esta inmensa playa, dan bien la idea de que es uno de los mas grandes centros del comercio europeo. Nada es tan estraño en esta vista, como la estension de líneas y la uniformidad del horizonte. Aqui al menos están rodeados de verdor los edificios y se comprende por las plantaciones que los acompañan como todas estas islas se unen entre sí y se ligan á la tierra firme. El puerto de Amsterdam es accesible á los bu-





Puente de Venecia.

Puente de Amsterdam.



ques y navios de mayor porte. Los rios que se dirigen en el Zuyderzee y en el mar del Norte, abren sin cesar fosos en este suelo movable y el genio del hombre está luchando constantemente contra esta causa inminente de destrucción, mientras que en Venecia los terrenos que arrastran al Adriático el Po, el Brenta y el Adige, levantan incesantemente el suelo de las lagunas, y el arte trabaja sin cesar en limpiar y desembarazar sus inmediaciones para facilitar la navegacion.

Desde la cumbre de la torre del palacio de Amsterdam, se presenta á los ojos el espectáculo de una ciudad inmensa, populosa, animada. Los monumentos públicos no son notables ni por su número, ni por su esplendor, pero los edificios particulares generalmente se distinguen por su aseo y elegancia. El movimiento, la vida que hay por todas partes anuncian la riqueza y la seguridad de sus habitantes. Mas allá de la ciudad la vista se extiende sobre una interminable llanura formada en parte por las aguas del Zuyderzee, del golfo del Y, y del lago de Harlen, despues por vastas praderas sembradas de numerosas aldeas. Esta llanura en donde se alzan una multitud de campanarios y molinos de viento, está cortada por un gran número de canales rodeados de árboles, pero en ninguna parte se detiene la vista en los grandes accidentes naturales como bosques ó montañas y nada viene á interrumpir la fria monotonia del horizonte.

Sin embargo otros puntos de semejanza entre estas dos ciudades vuelven á suscitar aun el pensamiento de las analogías. Amsterdam y Venecia edificadas las dos sobre estacas, están formadas de un centenar de islotes reunidos por una multitud de puentes. Aquí el Amstel, ancho y hermoso rio, divide en dos partes casi iguales la ciudad holandesa, cuyo plano representa un semicírculo ó mas bien una media luna, sobre la cual se dibujan anchos canales dispuestos en zonas concéntricas. Estas zonas están cortadas por otros canales que semejantes á radios se dirigen hacia las orillas del golfo, es decir, hacia el puerto como punto central. Todos estos canales están rodeados de muelles adornados de edificios cuya arquitectura, sencilla por lo general, no carece, sin embargo, de elegancia. Venecia está igualmente dividida en dos partes por el *Canal Grande*, que semejante á un inmenso boa serpentea al través de dos orillas cargadas de palacios y de monumentos. Un número infinito de pequeños canales dividen también la ciudad, pero vienen á bañar el pie mismo de los edificios, cuyos escalones de mármol llegan á tocar hasta dentro del agua, mientras que en Amsterdam las aceras ó muelles anchos y plantados con árboles seculares, sirven para que puedan andar las gentes á pie y aun al mismo tiempo sirven de agradable paseo á los carruages. Una diferencia bien marcada y que choca desde luego, es la que existe en el estilo general de las construcciones. En Venecia se encuentra por todas partes el gusto morisco oriental. El aspecto exterior de las palacios anuncia por su grandiosidad lo suntuoso de sus decoraciones interiores, por todas partes monumentos históricos, recuerdos de gloria y de poder.... En Holanda el gusto español domina. Aquí hay pocos edificios públicos, ningún palacio particular, porque Amsterdam es una de las ciudades mas modernas de la Holanda, pero las habitaciones son de un esquisito aseo, modestas en lo exterior, cómodas y elegantes en lo interior.

Los solos monumentos que entre las dos ciudades podrían prestarse á alguna comparacion, son el palacio del Rey, la antigua casa del ayuntamiento de Amsterdam, y el palacio de los Duxs de Venecia. Los dos son los edificios mas notables de la ciudad, los dos fueron en diversas épocas la sede de un gobierno temible de donde salieron revoluciones que hicieron temblar á las potencias mas formidables del mundo. La construcción del palacio ducal se remonta al siglo XIV, y al infortunado Marino Faliero, que fué degollado en la escalera magnífica del monumento que habia edificado. Su forma, un poco pesada, pero magestuosa, recuerda á su sola vista, las terribles escenas de que fué teatro, y el poder sombrío, suspicaz y absoluto que moró en él por tan largo tiempo.

El palacio de Amsterdam, edificado en el siglo XVII, en el estilo griego mas puro, de una arquitectura tan noble como elegante, no atestigua sino la opulencia de la ciudad, y el buen gusto de sus magistrados populares. Los dos encieran, ademas en su recinto, los tesoros de la ciudad, las obras maestras de sus artistas, las prisiones, y á algunos pasos de ambos, se ostenta el mas espléndido de sus monumentos religiosos.

¿Que diferencias se encuentran en el contraste de sus dos cielos, de sus dos climas! En Holanda apenas se encuentran cuarenta dias serenos al año. En Venecia, los dias malos son muy pocos, y aun estos, debidos á tormentas que se alzan y se aplacan en pocas horas.

Comprendese que con este contraste de clima, deben ser tambien diversos los gustos, las costumbres y los hábitos de los moradores de ambas ciudades. El holandés calmoso, paciente, flemático, dotado de una actividad perseverante y silenciosa, frio, pero sincero, reservado, pero íntegro y fiel á su juramento. El veneciano bullicioso, indiferente, atrevido, perezoso. En Amsterdam los placeres dominantes son los de la familia, los del interior de la casa, aunque sin embargo les gusta el teatro, y sobre todo la música. Los dias de fiesta, el pueblo se va mejor al campo que á la taberna, donde por otra parte no suele cometer excesos. En Venecia les gustan los juegos exteriores, los placeres ruidosos, animados. Siete teatros bastan apenas para una poblacion de cien mil almas, mientras que Amsterdam no tiene mas que tres para una poblacion dos veces mas numerosa. El holandés ama las flores, los jardines, el verdor. En Venecia no pueden tener este gusto porque no podrian satisfacerlo. Las personas que les gusta pasear, tienen que limitarse á recorrer la orilla de los Esclavones ó los pórticos de la plaza de San Marcos. Así los estrangeros tienen mucho trabajo en acostumbrarse á esta vida indolente, porque el paseo en góndola, sobre todo con relacion á la higiene, no puede reemplazar al paseo á pie.

En Amsterdam la circulacion es por todas partes muy animada: en las calles, en el puerto, en los jardines públicos, en los muelles, en donde hay dos filas de hermosos árboles, nadie piensa en circular por los canales. Así como en Venecia no se encuentra ni un solo carruaje, en Amsterdam no se encuentra ni una sola góndola. En Holanda, sin embargo, á pesar de lo buenos y bien cuidados que están los caminos, y los muchos ferro-carriles, se viaja bastante por agua. Pero ¿que diferencia entre los hermosos buques venecianos, las elegantes y esbeltas góndolas que surcan geramente el Adriático, y los insípidos *trecksuyten*, barcas

arrastradas á la sirga por caballos ú hombres, ó bien las barcas de vela que navegan en Holanda de un puerto á otro.

Sábase también que la Holanda ha compartido largo tiempo con la Italia el cetro de la pintura. Pero ¿cómo el genio de las artes había de mostrarse bajo formas semejantes en países tan opuestos por sus condiciones generales? Lo singular es que bajo el cielo nebuloso de la Holanda, los pintores se han distinguido, sobre todo, por un vivo sentimiento del colorido, como si hubiesen querido dar á sus cuadros lo que particularmente falta al aspecto de su país, mientras que en Italia, esceptuando la escuela veneciana, los pintores parecen generalmente haber dado mas importancia á la forma que al colorido.

Si se quisiese estender este paralelo á consideraciones de otro género, se notaría que fué Venecia la que en los tiempos modernos dió el primer impulso al comercio y el primer ejemplo de genio industrial; pero por vastas que fuesen las proporciones de sus empresas, siempre mezcló en ellas ideas de gloria y de supremacía nacional. El espíritu guerrero se desarrolló siempre en ella á la par de su alta inteligencia en los negocios. Sus conquistas, abriendo nuevos mercados á su industria, tuvieron por principal objeto estender su dominación, su influencia, y tal vez se enorgullecía mas con los trofeos belicosos, que con las riquezas

que traía de los países donde había plantado su estandarte. Menos preocupada la Holanda con estas miras ambiciosas, no combatió las mas veces sino por su libertad, por la independencia de su suelo conquistado con tantos trabajos sobre el elemento que la rodea, y la amenaza. Llevando sus armas á lejanas comarcas, buscó menos gloriosas conquistas, que nuevos campos para su actividad comercial, y satisfecha con este objeto, no aplicó su ardor guerrero mas que á la defensa de su territorio y de sus bienes á tanta costa adquiridos.

Dejemos ya estas semejanzas y estos contrastes. Habría poca generosidad en poner hoy frente á frente de la ciudad holandesa donde todo es vida, actividad, bienestar, opulencia; ciudad de frente de plata, como la ha llamado un poeta; población tranquila y sencilla, orgullosa con su pasado, esperanzada en su porvenir, ponerla frente á frente, repito, de la reina destronada del Adriático, amenazada de ser bien pronto el Herculano, la Palmira de los tiempos modernos, que no entreve en derredor de sí elemento alguno próximo de prosperidad ó de gloria; ciudad de grandes recuerdos, belleza ajada por la edad y por el infortunio, y que en su profunda desgracia, no tiene ni aun el consuelo de no haber merecido su funesto destino por su terrible, sombrío y misterioso despotismo!....

ESTUDIOS RECREATIVOS.

RASOUMOWSKI.

Había hácia la mitad del siglo XVIII en una pequeña aldea de Ucrania, situada sobre el Donetk, dos pobres niños huérfanos que vivían de la caridad pública. Por toda fortuna poseían una pandereta con cascabeles que les servía en los conciertos al aire libre que daban los días de fiesta en la plaza del pueblo. Eran hermosos, empero no se parecían. Ivan, el mayor, llevaba altivamente sus miserables harapos; disponía sus largas melenas rizadas con un aire lleno de coquetería; el segundo, al contrario, que se llamaba Platon, era un niño sencillo y rústico. Mientras que Ivan pasaba sus horas de descanso separado, pensativo y orgulloso, su hermano se confundía alegremente con los muchachos de la aldea, y llevaba una vida alegre y divertida. Los dos tenían una voz fresca y dulce, de que se sabían servir maravillosamente.

Un día que habían recogido mas monedas que de costumbre en la plaza de Kharcow, los dos hermanos volvían muy alegres á su alojamiento. Ivan, reflexivo como de ordinario, dejaba caer á sus pies su distraída mirada. Platon reía, cantaba, decía mil niñerías, á las que su hermano no se dignaba prestar atención.

—Hermano mio, gritó de repente Ivan, dicen que San Petersburgo es muy grande.

Platon le miró por encima del hombro, y respondió con burlona gravedad:

—Hermano mio, también me han dicho que el paraíso es muy hermoso.

—Debe ser magnífico, respondió Ivan á media voz como si hablase consigo mismo. Allí reside nuestra poderosa soberana, la emperatriz Isabel; su palacio es de cristal y de oro; cuando sale los príncipes tienden alfombras á su paso; cantan esclavos, y bailan, y tocan instrumentos desconocidos y maravillosos... ¡Ay! no veremos jamás todas estas cosas.

Alzó sobre su hermano un ojo chispeante de entusiasmo. Platon no le escuchaba; jugaba haciendo bolas de nieve en la calle, y cantando á mas no poder. Ivan se sonrió de él con compasión.

—Yo iré, pues, solo, murmuró, y Dios y San Nicolás me ayuden!....

A la mañana siguiente al despertarse, Platon se asombró de encontrarse solo en la cama en que dormían los dos. Llamó á su hermano, ninguna voz respondió. Por fuera había caído mucha nieve, y dejaba impresas las huellas de Ivan. Platon las siguió durante un día entero; después, tímido niño, tuvo miedo al verse tan lejos de la aldea; volviendo la espalda al camino que había tomado su hermano, regresó llorando á los alrededores de Kharcow.

Ivan continuó valientemente su camino. Aliviado de bagaje y de dinero, pero rico de salud, perseverante, ambicioso, no se arrepintió un solo instante durante los largos días de su viaje del impulso que le había hecho abandonar su país. Marchaba cantando; si alguna vez se ponía á reflexionar, su pensamiento era un ensueño de fortuna y de felicidad. Después de seis semanas de fatigas divisó al fin á lo lejos los blancos edificios de San Petersburgo. Ivan se precipitó con un secreto instinto hácia la ciudad imperial; después se detuvo para doblar las rodillas y dar gra-

cias á Dios, cual si hubiese descubierto un tesoro. Una hora despues se hallaba en medio de *Gostin Ducor*, ó bazar, en donde se recostó sobre una columna, embriagado de admiracion y de alegría.

La admiracion no escluye el apetito. Ivan se habia detenido por casualidad en frente de un mercader de comestibles. Aproximóse aturdidamente á él; pero antes de que su mano hubiese tocado uno de los muchos panes que habia sobre el mostrador, cubrióse su rostro de rubor. La vispera habia consumido su último rublo. Por ucraniano que fuese, no se hacen trescientas leguas sin saber que bolsa vacía es impotente para llenar el estómago.

Solo, desnudo de toda especie de recursos, nuestro aventurero se encontró en medio de las calles de la inmensa capital. Nadie ha sabido lo que fué de él durante los cinco primeros años que siguieron, pero seguramente su existencia no debió ser ni feliz ni brillante. Al cabo de cinco años y algunos meses lo encontramos corista de la capilla de su magestad la emperatriz Isabel. Era un jóven encantador de veinte á veinte y dos años; Isabel fijó en él la vista; Ivan dejó un día su pobre cuarto de músico necesitado para instalarse en un magnífico palacio; era el favorito, es decir, el esposo de la emperatriz de todas las Rusias. Desde entonces su fortuna marchó con una rapidez fenomenal que asombra siempre, á pesar de los numerosos ejemplos análogos que ofrece la historia moscovita. Un mes despues de haber salido de la capilla era almirante, gran chambelan y príncipe; la corte estaba á sus pies. Probóse que descendía de la antigua casa de Rasoumowski, en Podolia.

Pasóse un año; el favor de Ivan iba creciendo; gozaba en San Petersburgo de un poder sin límites.

En Kharcow, Platon habia seguido siendo un muchacho alegre y pobre como antes. No hay necesidad de decir que en el seno de su nueva grandeza, el orgulloso Ivan le habia olvidado completamente. Platon, al contrario, pensaba frecuentemente en su hermano. Algunas veces tenia deseos de hacer un gran viaje, con esperanza de encontrar á su querido Ivan; pero la incertidumbre en que se hallaba del sitio que pudiera haber escogido, una cierta timidez natural, y su pereza, se reunian para apartarle siempre de esta audaz empresa. Platon ademas llevaba una vida bastante feliz; habia conservado su oficio de cantor ambulante, pero no limitaba sus correrías á Kharcow, sino que ponía en contribucion todas las ciudades inmediatas, habiéndose formado una reputacion con el nombre del cantor Platon Alexis.

En aquel entonces supo la súbita y prodigiosa elevacion de un pobre músico. Isabel, decian en aquella apartada provincia, donde las noticias de la corte no llegan sino en estado de fábulas, Isabel le habia cogido por la mano un día que cantaba una leyenda de Donek, y le habia colocado á su lado en el trono en presencia de toda la corte. Desde entonces el jóven cantor era el príncipe Ivan Rasoumowski.

La historia era demasiado increíble para que pudiera dudarse. Platon la oyó contar; por la primera vez de su vida reflexionó.

—Si yo hubiese ido á San Petersburgo, dijo, tal vez hubiera tenido semejante fortuna.

Despues una idea repentina le hizo estremecer.

—Mi hermano ha ido allá; el príncipe se llama Ivan; si fuese él...

El argumento no era inatacable sin duda; pero los lógi-

cos de esta clase son los que aciertan. Lleno de entusiasmo con este pensamiento, Platon hizo á la ligera sus preparativos, y un pie tras otro tomó el camino de la ciudad imperial! Antes de marchar confió sus esperanzas á un aldeano viejo que le habia conocido desde la niñez.

—¿Estás tú bien seguro de que sea ese tu hermano? le preguntó este.

Esta pregunta asombró á Platon.

—Estoy seguro, respondió con una desdenosa sonrisa.

—Entonces, hijo mio, replicó el anciano, guárdate bien de ir á buscar la muerte ó la cautividad; los favoritos no tienen familia.

Platon se puso en camino; llegó como su hermano cansado y falto de todo. Su primer cuidado fué preguntar por el palacio del príncipe Rasoumowski. Nadie ignoraba este nombre en la capital.

Dirigióse Platon hácia el palacio con la cabeza erguida: ya tomaba él parte en la fama de su hermano. Llegado á la escalinata de la puerta, sin cuidarse de admirar la magnífica arquitectura de la fachada, pasó derecho por la puerta principal; separó á los criados con un gesto desdenoso, y quiso pasar adelante. Los lacayos le creyeron loco, y cinco ó seis ganapanes de anchas espaldas se apoderaron de él y lo plantaron, no sin haberle dado antes algunos golpes, en medio de la calle.

—Esclavos, gritaba el ucraniano echando espuma de furor por la boca, yo soy Platon Alexis, el hermano único de nuestro amo.

La gente de librea se reía, y se encogian de hombros. ¿Cómo habian de creer que aquel villano cubierto de harapos fuese el pariente de su alteza? Durante tres dias Platon volvió suplicando y amenazando alternativamente; los criados del príncipe estaban bien enseñados, y el noble Ivan ni aun tuvo noticia de este burlesco incidente.

Sin embargo, el pobre Platon moriase de necesidad. No era industrioso ni osado como su hermano; quebrantado ademas con los obstáculos que veia alzarse entre él y la fortuna, dormíase en su desesperacion, incapaz de alargar la mano para pedir una limosna, ó de cantar á los que pasaban una cancion de Donek. Cuando llegaba la noche, acercábase sin que nadie le viera al sitio en que no estaban los lacayos y criados, y aspiraba con placer el aire caliente y saturado de perfumes que salía de las habitaciones. Echaba una ávida mirada á lo interior de ellas, pero el pobre se moría.

Volvió tambien por la tarde ya anochecido al tercer día como antes. Exánime, no habiendo comido desde la vispera, dejóse caer en los escalones de la puerta. El aire corría tibio y calmoso; era una de esas noches claras en que el cielo ruso parece imitar de vez en cuando el hermoso firmamento de la Italia. Platon, muerto de cansancio sobre las piedras, desfallecía por momentos. Abrióse una ventana sobre su cabeza; asomóse á ella un hombre y despues una muger. Los dos se recostaron sobre el antepecho del balcon. Por un esfuerzo particular, el pobre peregrino cogió su pandereta, y comenzó á cantar con moribunda voz la mas querida de sus leyendas, aquella que su hermano y él acostumbraban á cantar sobre las plazas de Kharcow.

Un grito salió del balcon á las primeras notas. Cerróse la vidriera. Platon se levantó de un salto y se hincó de rodillas.